



Talmíd תלמיד “una palabra hebrea la cual significa un verdadero discípulo que desea ser lo que el Rabí Jesús es.”

El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo. 1 Juan 2:6 (RVR)

VOLUME 9 ISSUE 2

1 DE FEBRERO DE 2,017

PROCURA CON DILIGENCIA PRESENTARTE A DIOS APROBADO, COMO OBRERO QUE NO TIENE DE QUÉ AVERGONZARSE, QUE USA BIEN LA PALABRA DE VERDAD. 2 TIMOTEO 2:15



Dr. Eddie Ildfonso

*West Los Angeles Living Word Christian Center
Los Angeles, California*

*Professor, Covington Theological Seminary
Executive Vice President and Dean of
Covington Theological International Studies*

Todo por Gracia

Unas palabras trascendentales para quienes están buscando la salvación por medio del Señor Jesucristo

Dios es el que justifica

Ser justificado o ser hecho justo es algo maravilloso. Si nunca hubiésemos quebrantado las leyes de Dios, no habríamos necesitado la justificación, pues habríamos sido justos en nosotros mismos. Aquel que ha hecho toda su vida las cosas debió haber hecho, y no ha hecho nunca nada que no debió haber hecho, es justificado por la ley. Pero tú, querido lector, no eres de ese tipo, estoy muy seguro de ello. Tienes demasiada honestidad para pretender estar libre de pecado, y, por tanto, necesitas ser justificado.

Ahora, si te justificas a ti mismo, simplemente serías un engañador de ti mismo. Por tanto, no lo intentes. Nunca valdrá la pena.

Si les pides a tus semejantes, que son mortales, que te justifiquen, ¿qué podrían hacer ellos? Podrías hacer que algunos de ellos hablaran bien de ti por unas cuantas monedas; y otros te difamarían por menos que eso. El juicio de tus semejantes no vale mucho.

Nuestro texto dice: “**Dios es el que justifica**”, y nos está declarando la verdad. Es un hecho prodigioso, y un hecho que debemos considerar con cuidado. Ven y ve.

En primer lugar, nadie sino Dios habría pensado jamás en justificar a quienes son culpables. Han vivido en abierta rebeldía; han hecho el mal con ambas manos; han ido de mal en peor; han regresado al pecado a pesar de haberles costado tan caro que se han visto forzados a dejarlo. Han quebrantado la ley y han pisoteado el Evangelio. Han rechazado las proclamaciones de la misericordia, y han persistido en la impiedad.

¿Cómo podrían ser perdonados y justificados? Sus semejantes, perdiendo toda esperanza en cuanto a ellos, dicen: “**son casos desahuciados**”. Incluso los cristianos los miran con tristeza en lugar de mirarlos con esperanza. Pero no así su Dios. Él, en el esplendor de su gracia que elige, habiendo escogido a algunos de ellos antes de la fundación del mundo, no descansará hasta haberlos justificado, y haberlos hecho aceptos en el Amado.

¿No está escrito: “A los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; ¿y a los que justificó, a estos también glorificó”? Así ves que hay algunos a quienes el Señor resuelve justificar: ¿por qué no habríamos de formar parte tú y yo de ese número?

Nadie sino Dios habría pensado jamás en justificarme *a mí*. Yo soy un portento para mí mismo. No dudo que la gracia es vista igualmente en otros. Mira a Saulo de Tarso, que echaba espuma por la boca contra los siervos de Dios. Como lobo hambriento afligía a los corderos y a las ovejas a diestra y siniestra; y, sin embargo, Dios le derribó en el camino a Damasco y cambió su corazón y lo justificó tan plenamente que, antes de que pasase mucho tiempo, este hombre se convirtió en el más grandioso predicador de la justificación por fe que haya vivido jamás. Debe de haberle asombrado con frecuencia que *él* fuera justificado por la fe en Cristo Jesús, pues una vez fue un resuelto propulsor de la salvación por las obras de la ley. Nadie sino Dios habría pensado jamás en justificar a un hombre como Saulo el perseguidor; pero el Señor es glorioso en gracia.

Pero, aun si alguien hubiese pensado en justificar al impío, ***nadie sino Dios podría haberlo hecho***. Es imposible que alguien perdone las ofensas que no han sido cometidas en su contra. Alguien te ha agraviado grandemente; tú podrías perdonarle, y espero que lo hagas; pero ninguna tercera persona, aparte de ti, podría perdonarle. Si alguien te ha hecho mal, el perdón ha de provenir de ti. Si hemos pecado contra Dios, en Dios está el poder de perdonar, pues el pecado es contra Él mismo. Esa es la razón por la que David dice, en el [Salmo cincuenta y uno](#): **“Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos”**; entonces Dios, contra quien es cometida la ofensa, es quien puede quitar la ofensa. Lo que debemos a Dios puede ser remitido por nuestro gran Acreedor, si así le agrada; y si Él remite, es remitido. Nadie sino el grandioso Dios, contra quien hemos cometido el pecado, puede borrar ese pecado; acudamos a Él, por tanto, y busquemos misericordia de Sus manos.

No hemos de consentir ser seducidos por los sacerdotes, que quisieran que nos confesemos con ellos: los sacerdotes no cuentan con ninguna autorización en la Palabra de Dios para sus pretensiones. Pero aun si fueran ordenados para pronunciar la absolución en el nombre de Dios, aun así, sería mejor que acudiéramos nosotros mismos al grandioso Señor por medio de Jesucristo, el Mediador, para buscar y encontrar el perdón de Sus manos, puesto que estamos seguros de que este es el camino de la ver-

dad. La religión de ‘poderhabientes’ involucra un riesgo demasiado grande: es mejor que te ocupes tú mismo en los asuntos de tu alma, y que no los pongas en manos de ningún tercero.

Sólo Dios puede justificar al impío; pero **Él puede hacerlo a la perfección**. Él echa tras Sus espaldas todos nuestros pecados; Él los borra; Él afirma que, aunque sean buscados, no se hallarán. Sin ninguna otra razón para ello sino Su propia bondad infinita, ha preparado un glorioso camino mediante el cual pecados como la grana serán emblanquecidos como la nieve, y hará alejar nuestras rebeliones cuanto está lejos el oriente del occidente. Él dice: **“No me acordaré de tus pecados”**. Él llega al punto de poner un fin al pecado. Alguien, en tiempos antiguos, clamó anonadado: **“¿Qué Dios como tú, que perdona la maldad, y olvida el pecado del remanente de su heredad? No retuvo para siempre su enojo, porque se deleita en misericordia.”**

No estamos hablando ahora de justicia, ni de los tratos de Dios para con los hombres según sus merecimientos. Si profesas tratar con el justo Señor sobre los términos de la ley, la ira eterna te amenaza, pues eso es lo que mereces. Bendito sea Su nombre porque no ha tratado con nosotros según nuestros pecados; mas ahora nos trata según los términos de la gracia inmerecida y la compasión infinita, y dice: **“Yo sanaré su rebelión, los amaré de pura gracia.”** Créelo, pues es definitivamente cierto que el grandioso Dios trata al culpable con abundante misericordia; sí, trata a los impíos como si siempre hubiesen sido piadosos. Lean atentamente la parábola del hijo pródigo, y vean cómo el padre perdonador recibió al descarriado que regresaba, con tanto amor, como si nunca se hubiese alejado y nunca se hubiese corrompido con ramerías. Llevó el asunto tan lejos que el hermano mayor comenzó a refunfuñar por ello; pero el padre nunca retiró su amor. Oh hermano mío, por culpable que seas, si sólo regresaras a tu Dios y Padre, te tratará como si nunca hubieses hecho nada malo. Te considerará como justo, y te tratará de conformidad a eso. ¿Qué dices a esto?

¿Acaso no ves que, -pues quiero resaltar este hecho claramente y hacer ver cuán espléndido es- como nadie sino Dios pensaría en justificar al impío, y nadie sino Dios podría hacerlo, el Señor en efecto lo hace? Mira cómo lo expresa el apóstol: **“¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica”**. Si Dios ha justificado a un hombre, está bien hecho, está hecho rectamente, está hecho justamente, está hecho eternamente.

El otro día leí en una publicación que está llena de

veneno contra el Evangelio y contra quienes lo predicaban, que sostenemos un tipo de teoría por medio de la cual nos imaginamos que el pecado puede ser quitado de los hombres. No sostenemos ninguna teoría; publicamos un hecho. Este es el hecho más grandioso bajo el cielo: que Cristo, por Su preciosa sangre quita realmente el pecado, y que Dios, por causa de Cristo, tratando con los hombres sobre términos de divina misericordia, perdona a los culpables y los justifica, no de conformidad a cosa alguna que ve en ellos o ve anticipadamente que habrá en ellos, sino de acuerdo a las riquezas de Su misericordia que están contenidas en Su propio corazón. Esto hemos predicado, predicamos y predicaremos en tanto que vivamos. **“Dios es el que justifica”**: que justifica al impío; Él no se avergüenza de hacerlo, ni nosotros nos avergonzamos de predicarlo.

La justificación que proviene del propio Dios está más allá de toda duda. **Si el Juez me absuelve, ¿quién es el que me condenará?** Si la corte suprema del universo me ha declarado justo, ¿quién me acusará? La justificación otorgada por Dios es una respuesta suficiente para la conciencia que ha despertado. El Espíritu Santo, por su medio, insufla paz en nuestra naturaleza entera, y ya no tememos más. Con esta justificación podemos responder a todos los rugidos y las palabras injuriosas de Satanás y de los hombres impíos. Con esto seremos capaces de morir; con esto resucitaremos resueltamente, y enfrentaremos el último gran juicio.

“Osado estaré en aquel gran día,
Pues ¿Quién me acusará de algo?
Ya he sido absuelto por mi Señor
De la tremenda maldición y reprobación del pecado”.

Amigo, *el Señor puede borrar todos tus pecados*. No estoy disparando a ciegas cuando afirmo esto: “Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres”. Aunque estés hundido hasta el cuello en el delito, Él puede quitar la corrupción con una palabra, y decir: “Quiero; sé limpio”. El Señor es un grandioso perdonador.

“YO CREO EN EL PERDÓN DE LOS PECADOS.”
¿CREES TÚ?

Él podría pronunciar la sentencia incluso en este preciso momento: **“Tus pecados te son perdonados; ve en paz”**; y si Él hace esto, ningún poder en el cielo, o en la tierra, o bajo la tierra puede ponerte bajo sospecha y mucho menos bajo ira. No dudes del poder del amor Todopoderoso. *Tú no podrías perdo-*

nar a tu prójimo si te hubiera ofendido como tú has ofendido a Dios; pero no debes medir el grano de Dios con tu almud; Sus pensamientos y Sus caminos están tan encima de los tuyos como los cielos están por sobre la tierra.

“Bien”, -dices tú- “sería un gran milagro si el Señor fuera a perdonarme”. Eso es correcto. Sería un milagro supremo, y por eso mismo, es muy posible que esté dispuesto a hacerlo, pues Él **hace “cosas grandes e inescrutables”** que no esperamos.

Yo mismo me vi abatido por un horrible sentido de culpa que convirtió mi vida en una desdicha; pero cuando oí el mandato: **“Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay más”**, yo miré, y en un instante el Señor me justificó. Lo que vi fue a Jesucristo hecho pecado por mí, y esa visión me proporcionó descanso.

Cuando aquellos que fueron mordidos por las serpientes ardientes en el desierto miraban a la serpiente de bronce, eran sanados de inmediato; y yo también fui sanado cuando miré al Salvador crucificado. El Espíritu Santo, que me dio la gracia para creer, me dio paz a través de creer. Me sentí tan seguro que había sido perdonado como antes me sentía seguro de la condenación. Yo había estado convencido de mi condenación porque la Palabra de Dios lo declaraba, y mi conciencia me daba testimonio de ello; pero cuando el Señor me justificó, fui conducido a una certeza igual por los mismos testimonios.

La palabra del Señor en la Escritura dice: **“El que en él cree, no es condenado”**, y mi conciencia da testimonio de que yo creí, y de que Dios es justo al perdonarme. De esta manera tengo el testimonio del Espíritu Santo y de mi propia conciencia, y ambos coinciden al unísono. ¡Oh, cómo desearía que mi lector recibiera el testimonio de Dios sobre este asunto, y entonces muy pronto tendría también el testimonio en sí mismo!

Me aventuro a decir que un pecador justificado por Dios está incluso sobre una base más firme que hombre justo justificado por sus obras, si existiera tal individuo. No podríamos estar seguros nunca de haber realizado las suficientes obras: la conciencia estaría siempre intranquila, no fuera que, después de todo, nos quedáramos cortos, y sólo podríamos tener el trémulo veredicto de un juez falible sobre el cual confiar: pero cuando Dios mismo justifica, y el Espíritu Santo da testimonio de ello al darnos paz con Dios, entonces sentimos que el asunto es seguro y está resuelto, y entramos en el reposo. Ninguna lengua puede expresar

la profundidad de esa calma que le sobreviene al alma que ha recibido la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento. *Amigo, búscala DE INMEDIATO.*

CORAM DEO (Ante la cara de Dios)

Falta de conocimiento

Oseas 4:6 (LBLA)

⁶“Mi pueblo es destruido por falta de conocimiento. Por cuanto tú has rechazado el conocimiento, yo también te rechazaré para que no seas mi sacerdote; como has olvidado la ley de tu Dios, yo también me olvidaré de tus hijos”.

Por medio de los profetas el Señor hizo conocer a Israel las razones por las cuales Él los desechaba como pueblo y los enviaba al exilio. Una de las explicaciones la encontramos en el texto de hoy que, por cierto, no es el único lugar donde Dios señala el mal que aquejaba al pueblo.

Resulta provechoso reflexionar sobre esto porque vemos hoy, en la iglesia, la misma tendencia preocupante hacia la ausencia de conocimiento sólido y profundo de la Palabra. Ha surgido entre nosotros un estilo de predicación en la que los predicadores se dedican a hablar de sus propios conceptos acerca de la vida espiritual. En ocasiones estos discursos están adornados con algún versículo tomado de la Palabra, pero rara vez sirven para otra cosa que darle un barniz de respetabilidad a la prédica.

El pueblo que carece de conocimiento es un pueblo que se expone a la seducción de cuanta filosofía pueda aparecer en la sociedad. Esta es la condición que Pablo describe en la carta a la iglesia de Éfeso, cuando dice: **“Así ya no seremos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error; sino que, siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo” (Efesios 4:14–15)**. Y es precisamente esta tendencia la que observamos en muchas congregaciones, donde las personas corren tras cualquier moda que se exponga con elocuencia, pues son seducidos por las palabras de hombres y no poseen los elementos necesarios para evaluar la validez de lo que escu-

chan.

La responsabilidad por esta situación claramente recae sobre aquellos que han sido llamados a la formación de los santos, es decir, los pastores. El profeta Oseas declaraba que los sacerdotes habían “desechado” el conocimiento. En esta actitud vemos el problema de fondo, que es una actitud de desprecio por la Palabra. Este desprecio puede ser porque el mensaje de las Escrituras no resulta suficientemente atractivo en comparación con los mensajes que predominan en este tiempo. *Vemos a la Palabra como “anticuada” y “pasada de moda”.* Buscamos un mensaje más adecuado para el momento que atraviesa la humanidad.

Sospecho, no obstante, que el desprecio se debe principalmente a que un compromiso con la Palabra requiere de nosotros, los pastores, la disposición de estudiar con diligencia el texto para discernir el mensaje que Dios desea compartir con su pueblo.

Esto demanda un esfuerzo que puede fácilmente ser evitado si nos dedicamos simplemente a hablar de nuestros temas predilectos.

El pueblo, sin embargo, necesita la Palabra no adulterada de Dios. Solamente la Palabra trae luz a nuestras vidas, e ilumina nuestros pasos. Solamente por medio de la Palabra se produce en nosotros esa transformación espiritual que es vital para una vida que agrada al Padre.

CORAM DEO (Ante la cara de Dios)


Para pensar:

Nuestra función, como pastores, no es entretener al pueblo, sino formarlo a la imagen de Jesucristo. Sólo por medio de la Palabra lo podremos lograr.

Covington
 Dr. Steve Sullivan, President
Theological Seminary
Conservative in Theology : Liberal in Love and Service

Quality education through home study for those who cannot attend a campus setting.

Associate, Bachelor, Master and Doctorate Degrees offered



Areas of study Available:

- Theology
- Bible
- Pastoral
- Christian Education
- Counseling
- Music
- Ethnic Studies

Accredited by ACI

**Training Leaders
 Impacting Eternity**

For more information contact us today: P.O. Box 176, Rossville, GA, 30741
 Located at 118 Cross St, Fort Oglethorpe, GA, 30742
 Ph: 706-866-5626 Fax 706-861-3550 Email: registrar@covingtonseminary.org

To request a catalogue give us a call or email: info@covingtonseminary.org

International Extension Schools

The North Andros Bible Institute
 Barbados, Bahamas
 Covington Theological Seminary of Brazil
 Rio de Janeiro, Brazil
 Covington Theological Seminary of Chile
 Talagante Santiago, Chile
 The Ghana Baptist Institute & Bible College
 Accra, Ghana
 Covington Theological Seminary of Honduras
 Tegucigalpa, Honduras
 Covington Theological Seminary of Gudiwada
 Krishna-Andhrapradesh, India
 The International Extension of Indonesia
 Jakarta, Indonesia
 Covington Theological Seminary of Indonesia
 Papua, Indonesia
 Blue Mountain Baptist Bible College
 Ogbomosho, Oyo State, Nigeria
 Covington Theological Seminary of Pakistan
 Lahore, Pakistan
 Covington Theological Seminary of the Philippines
 Bohol, Philippines
 Covington Theological Seminary of Romania
 Susani, Romania
 Covington Theological Seminary of South Africa
 Johannesburg, South Africa
 Covington Theological Seminary of Zimbabwe
 Victoria Falls, Zimbabwe

*West Los Angeles
 Living Word Christian Center*



6520 Arizona Avenue
 Los Angeles, CA 90045 USA
 (310) 645-2522 or (310) 665-0137

Email: admin@wlalwcc.org
 Web Site: www.wlalwcc.org